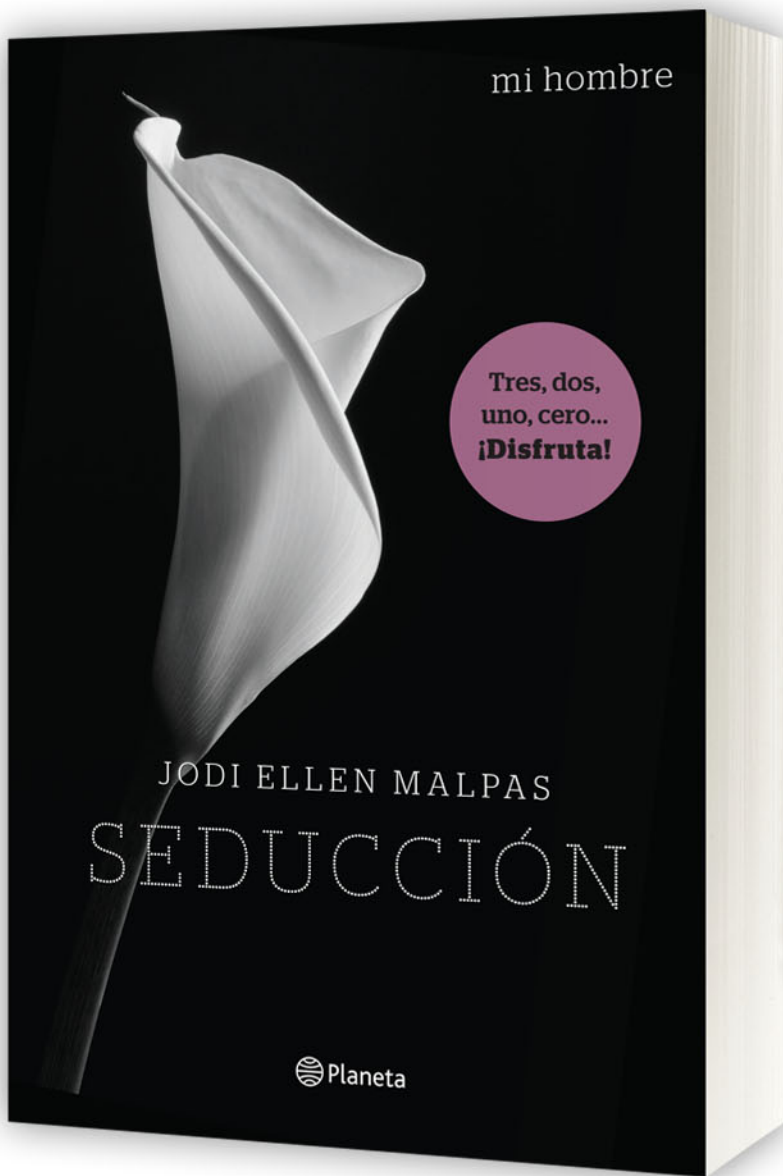


Fragmento

Seducción

Jodi Ellen Malpas



Tres, dos, uno, cero... ¡Disfruta!

JODI ELLEN MALPAS

# SEDUCCIÓN

Primer volumen de la trilogía *Mi hombre*

Traducción de  
Vicky Charques y Marisa Rodríguez

## Capítulo 1

Rebusco entre las montañas y montañas de objetos esparcidos por el suelo de mi dormitorio. Voy a llegar tarde. El viernes, después de haber sido puntual toda la semana, voy a llegar tarde.

—¡Kate! —grito desesperada. ¿Dónde rayos están? Salgo corriendo al descansillo y me inclino sobre la barandilla—. ¡Kate!

Oigo el familiar sonido de una cuchara de madera que golpea los bordes de un cuenco de cerámica y Kate aparece al final de la escalera. Me mira con expresión de cansancio. Es un mohín al que me he acostumbrado últimamente.

—¡Las llaves! ¿Has visto las llaves de mi coche? —pregunto a toda velocidad.

—Están en la mesita de café, donde las dejaste anoche. —Pone los ojos en blanco y ella y la masa para tartas vuelven a meterse en el taller.

Cruzo el descansillo como una flecha y encuentro las llaves de mi coche bajo una pila de revistas del corazón.

—Otra vez jugando al escondite —murmuro para mí misma. Cojo mi cinturón marrón tostado, los tacones y el portátil. Bajo la escalera y encuentro a Kate en el taller echando cucharadas de masa en varios moldes.

—Tienes que ordenar tu habitación, Ava. Es un maldito desastre —protesta.

Sí, mi organización personal es chocante, sobre todo teniendo en cuenta que soy diseñadora de interiores y que me paso el día coordinando y organizando. Recojo el teléfono de la robusta mesa de madera y meto el dedo en la masa para tartas de Kate.

—No puedo ser buena en todo.

—¡Fuera de aquí! —Aparta mi mano con la cuchara de madera—. Además, ¿para qué necesitas el coche? —me pregunta mientras se inclina para alisar la masa. Mantiene la lengua apoyada sobre el labio inferior en un gesto de concentración.

—Tengo una primera reunión en Surrey Hills, una mansión en el campo. —Meto el cinturón por las trabillas de mi vestido azul marino con falda lápiz, los pies en los tacones marrón tostado y me miro en el espejo de pared.

—¿No ibas a limitarte a la ciudad? —pregunta detrás de mí.

Me atuso la melena larga y oscura unos segundos y la paso de un lado al otro, pero desisto y opto por recogérmela con unas horquillas. Mis ojos castaño oscuro parecen cansados, les falta su chispa habitual. Sin duda es el resultado de tanto madrugar y trasnochar.

Sólo hace un mes que me vine a vivir con Kate, después de haber roto con Matt. Nos estamos comportando como un par de universitarias. Mi hígado pide un descanso a gritos.

—Sí. El campo es territorio de Patrick, no sé por qué me han encargado esto a mí. —Me aplico brillo en los labios con un pincel, los junto y los despego con un chasquido—. Servidora no es partidaria del estilo inglés antiguo y de hacer siempre lo apropiado. —Le doy a Kate un beso en la mejilla—. Esto va a dolerme, lo sé. ¡Te quiero!

—Ídem. Hasta luego. —Kate se ríe sin levantar la cara de su zona de trabajo.

—¡No olvides tus modales!

A pesar de que llego tarde, conduzco mi pequeño Mini hasta mi oficina en Bruton Street con el cuidado de siempre. Me acuerdo de por qué cojo el metro todos los días cuando tardo diez minutos en encontrar aparcamiento.

Entro en la oficina como una exhalación y miro el reloj. Las ocho y cuarenta. Vale. Sólo llego diez minutos tarde, no es tan terrible como pensaba. Paso ante las mesas vacías de Tom y de Victoria de

camino a la mía, y espío a Patrick en su despacho mientras me siento. Saco el portátil y veo que hay un paquete para mí.

—Buenos días, flor. —El grave bramido de Patrick me saluda cuando se acomoda en el borde de mi mesa, que cruje, como siempre, bajo su peso—. ¿Qué tienes ahí?

—Buenos días. Es la nueva gama de Miller. ¿Te gusta? —Acaricio la lujosa tela.

—Qué maravilla. —Finge interés—. No dejes que Irene lo vea. Acabo de liquidar casi todos mis bienes para pagar los nuevos textiles de casa.

—Vaya. —Pongo cara comprensiva—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Victoria tiene el día libre y Tom está en plena pesadilla con el señor y la señora Baines. Hoy sólo estamos tú, Sal y yo, flor. —Saca su peine del bolsillo interior y se lo pasa por el casquete plateado.

—A mediodía tengo una cita en La Mansión —le recuerdo. No puede haberlo olvidado. Se supone que las casas de campo son su territorio—. ¿Por qué yo, Patrick? —Tengo que preguntarlo. Nunca he trabajado en una finca rural y no estoy segura de poseer el toque necesario para lo antiguo y lo tradicional.

Trabajo en Rococo Union desde hace cuatro años, y me dejaron bien claro que me contrataban para expandir el negocio hacia el sector más moderno. En Londres no paraban de construirse apartamentos de lujo, y Patrick y Tom, especialistas en diseño tradicional, estaban perdidos. Cuando el negocio despegó y empezó a haber demasiado trabajo para mí sola, contrataron a Victoria.

—Será porque preguntaron por ti, flor. —Se pone de pie y mi mesa vuelve a protestar con un crujido. Patrick hace caso omiso, pero yo esbozo una mueca de dolor. Tiene que perder peso o dejar de sentarse en mi mesa. No podrá soportarlo mucho más tiempo.

Entonces ¿preguntaron por mí? ¿Por qué iban a hacerlo? En mi portafolio no hay nada relacionado con diseño tradicional, nada en absoluto. No puedo evitar pensar que esto es una total pérdida de tiempo. Deberían ir Patrick o Tom.

—Ah, la inauguración del Lusso. —Patrick se guarda el peine—.

El promotor está tirando la casa por la ventana para la fiesta en el ático. Has hecho un trabajo asombroso, Ava. —Las cejas de Patrick asienten junto con su cabeza.

Me sonrojo.

—Gracias. —Estoy más que orgullosa de mí misma y de mi trabajo en el Lusso, es el mayor logro de mi corta carrera.

Está situado en los muelles de Santa Catalina, y los precios van desde los tres millones por un apartamento básico hasta los diez por el ático. Es el mundo de los *superricos*.

Las especificaciones del diseño son justo lo que el nombre sugiere: lujo italiano. Busqué todos los materiales, los muebles y las obras de arte en Italia y disfruté de una semana allí organizando las fechas de embarque. El viernes que viene es la fiesta de inauguración, pero sé que ya han vendido el ático y seis apartamentos, así que la fiesta es más bien para presumir.

—He despejado mi agenda para poder dar los últimos retoques en cuanto los de la limpieza hayan terminado. —Paso las páginas de la agenda hasta la del viernes siguiente y vuelvo a garabatear en ella.

—Buena chica. Le he dicho a Victoria que esté allí a las cinco. Es su primera inauguración, así que tendrás que explicarle de qué va. Yo llegaré a las siete, con Tom.

—De acuerdo.

Patrick regresa a su despacho y yo abro mi correo electrónico. Leo los mensajes por encima, y los voy borrando o respondiendo.

A las once en punto guardo el portátil y asomo la cabeza por la puerta del despacho de Patrick. Está absorto en algo con el ordenador.

—Me voy —le digo, pero se limita a mover la mano indicando que me ha oído. Cruzo la oficina y veo a Sally peleándose con la fotocopidora—. Hasta luego, Sal.

—Adiós, Ava —me responde, pero está demasiado ocupada sacando el papel atascado como para mirarme. La chica es un desastre.

Salgo a la luz del sol de mayo y camino hacia mi coche. Los viernes

a media mañana el tráfico es una pesadilla pero, en cuanto salgo de la ciudad, la carretera está bastante despejada. Llevo la capota bajada, Adele me hace compañía y es viernes. Un pequeño paseo en coche por el campo es una bonita forma de terminar la semana laboral.

El GPS me dice que salga de la carretera principal y me meta por un camino angosto, donde me encuentro ante las puertas más enormes que haya visto jamás.

En una placa de oro de uno de los pilares se lee: «La Mansión.»

«¡Madre mía!» Me quito las gafas de sol y miro más allá de las puertas, hacia el camino de grava que parece prolongarse a lo largo de varios kilómetros. No hay ni rastro de la casa, sólo un sendero bordeado de árboles que no parece tener fin. Salgo del coche y camino hacia las puertas. Les doy una pequeña sacudida pero no ceden. Me quedo de pie un momento, preguntándome qué hacer.

—Tiene que apretar el botón del portero automático. —Casi doy un salto del susto cuando la vibración de una voz grave me llega de ninguna parte y rompe el silencio del campo.

Miro a mi alrededor, pero no hay duda de que estoy sola.

—¿Hola?

—Aquí.

Doy un giro de trescientos sesenta grados y veo el portero automático un poco más atrás, en el sendero angosto. Lo he pasado de largo cuando iba conduciendo. Corro hacia él, aprieto el botón y me presento:

—Ava O'Shea, de Rococo Union.

—Lo sé.

¿Lo sabe? ¿Y cómo? Echo un vistazo en torno a mí y veo una cámara instalada en la puerta; luego, el chirrido del metal rompe la paz del entorno rural. Las puertas comienzan a abrirse.

—Dame un respiro —murmuro mientras corro hacia mi coche. Salto al interior del Mini y avanzo lentamente hacia las puertas sin dejar de preguntarme cómo voy a sacarle la copa de oporto y el puro

que, claramente, ese cretino tiene metidos por el culo. Cada minuto que pasa me apetece menos la cita. La gente pija de campo y sus mansiones de pijos de campo no son mi especialidad.

Una vez las puertas se abren del todo, las cruzo y continúo por el sendero de grava bordeado de árboles que parece no tener fin. Los olmos adultos a ambos lados del camino, a intervalos regulares y equidistantes, dan la impresión de haber sido colocados estratégicamente para ocultar lo que hay detrás. Tras unos dos kilómetros de conducción a la sombra, entro en un patio perfectamente circular. Me quito las gafas y admiro boquiabierta la enorme casa que se yergue en el centro que reclama toda la atención. Es espléndida, pero ahora siento todavía más aprensión. Cada minuto que pasa me entusiasma menos esta reunión.

Las puertas negras —con adornos de oro pulido— están flanqueadas por cuatro miradores gigantes protegidos por pilares tallados en piedra. La estructura de la mansión está formada por bloques gigantes de piedra caliza, y unos frondosos laureles cubren la fachada. La fuente del centro del patio suelta chorros de agua iluminada y le pone la guinda al pastel. Es todo muy imponente.

Me detengo, paro el motor y me peleo con el seguro de la puerta para salir del coche. De pie y agarrándome a la parte superior de la puerta del Mini, alzo la vista hacia el magnífico edificio e inmediatamente pienso que tiene que haber un error. Todo el lugar está en muy buen estado.

El césped está más verde que el verde, el exterior de la casa tiene aspecto de recibir una limpieza diaria y parece que hasta a la grava le pasan la aspiradora todos los días. A juzgar por el exterior, es imposible imaginar que el interior necesite trabajo alguno. Miro las decenas de ventanas correderas en voladizo y las lujosas cortinas que cuelgan de todas ellas. Me siento tentada a llamar a Patrick para comprobar que me ha dado la dirección correcta, pero en las puertas ponía La Mansión. Y es obvio que el cretino miserable del otro lado del portero automático me estaba esperando.

Mientras sopeso el siguiente movimiento, las puertas se abren y



aparece el hombre negro más grande que he visto en mi vida. Camina tranquilamente hacia lo alto de la escalera. Parpadeo al verlo y doy un pequeño paso atrás. Lleva un traje negro —seguro que hecho a medida, porque no tiene una talla normal—, camisa negra y corbata negra. Da la sensación de que le hayan sacado brillo a su cabeza afeitada y las gafas de sol le ocultan el rostro. Si hubiese podido hacerme una imagen mental de quién esperaba que saliera de detrás de aquellas puertas, seguro que nunca me lo habría imaginado así. El tío es una montaña, y sé que estoy aquí de pie mirándolo con la boca abierta y cara de tonta. De repente me preocupa haber acabado en una especie de centro de control de la mafia y busco en mi cerebro, intentando recordar si he metido la alarma antiviolación en el bolso nuevo.

—¿La señorita O’Shea? —pregunta arrastrando las palabras.

Me encojo ante su presencia imponente y levanto la mano a modo de saludo nervioso.

—Hola —susurro. Mi voz se tiñe del recelo que siento en realidad.

—Por aquí —dice con voz profunda y atronadora. Hace un movimiento limpio con la cabeza, se da la vuelta y regresa al interior de la mansión.

Pienso seriamente en largarme sin más, aunque mi lado atrevido y amante del peligro siente curiosidad por lo que hay al otro lado de las puertas. Cojo el bolso, cierro la puerta del coche y busco mi alarma antiviolación mientras me dirijo hacia la casa, pero descubro que me la he dejado en el otro bolso. Sigo adelante de todos modos. Por pura curiosidad, subo los escalones y cruzo el umbral hasta llegar a un recibidor enorme. Observo con detenimiento el amplio espacio y de inmediato quedo impresionada por la grandiosa escalera curvada que ocupa el centro de la estancia y lleva al primer piso.

Mis miedos se confirman: el lugar está immaculado.

La decoración es opulenta, lujosa, e intimidada mucho. Los azules profundos, los grises topo con toques de dorado y la ebanistería original, junto con el suelo de parquet caoba oscuro, hacen que el lugar resulte impresionante y extravagante en extremo. Es justo como esperaba que fuera, y nada parecido al estilo de mis diseños. Pero, mi-

rando a mi alrededor, cada vez entiendo menos qué hace allí una diseñadora de interiores. Patrick me comentó que pidieron que viniera yo en persona, así que me había inclinado a pensar que querían modernizar el lugar, pero eso fue antes de haberle echado un vistazo al exterior y ahora al interior. La decoración encaja con la época de construcción. Está en perfecto estado. ¿Qué diablos hago yo aquí?

El grandullón gira a la derecha y tengo que seguirlo como puedo. Mis tacones marrón tostado resuenan contra el suelo de parquet mientras me conduce más allá de la escalera central, hacia la parte de atrás de La Mansión.

Oigo el murmullo de una conversación y miro a mi derecha. Veo mucha gente sentada a varias mesas, comiendo, bebiendo y charlando. Hay camareros sirviendo comida y bebida y las voces inconfundibles de The Rat Pack ronronean de fondo. Frunzo el entrecejo, pero entonces lo pillo. Es un hotel, un hotel de campo pijo. El alivio me relaja ligeramente los hombros cuando llego a tal conclusión, pero eso sigue sin explicar qué hago yo aquí. Pasamos por delante de unos baños y luego dejamos atrás un bar. Hay unos cuantos hombres sentados en los taburetes de la barra, contando chistes y metiéndose con una joven que, por lo que parece, ha vuelto de los servicios con un trozo de papel higiénico pegado en el tacón. Le da una palmada en el hombro al más bromista, y lo riñe medio en broma mientras todos se ríen juntos a carcajadas.

Esto empieza a tener sentido. Quiero decirle algo a la montaña que me hace de guía y me lleva sólo Dios sabe adónde, pero no ha vuelto la vista atrás ni una vez para comprobar que lo sigo. Aunque el taconeo de mis zapatos se lo confirma. No dice gran cosa y sospecho que no me contestaría ni aunque le hablara.

Pasamos ante otras dos puertas cerradas. A juzgar por el tintineo de las ollas, imagino que dan a la cocina. Luego me lleva a un salón de verano: un espacio amplio, luminoso y espléndido, dividido en zonas de descanso individuales mediante la colocación de los sofás, los sillones y las mesas. Unas puertas dobles que van del suelo al techo completan el cuadro de la estancia.

Desembocan en un patio de piedra arenisca de Yorkshire y una vasta zona de césped. Es verdaderamente impresionante. Trago saliva con dificultad cuando veo una estructura de cristal que alberga una piscina. Me estremezco al pensar en el precio por noche de una habitación. Tiene que ser de cinco estrellas, probablemente más.

Dejamos atrás el salón de verano y el grandullón me conduce por un pasillo hasta detenerse ante una puerta de paneles de madera.

—El despacho del señor Ward —dice como un trueno, y llama a la puerta con una delicadeza sorprendente, dado su tamaño de mastodonte.

—¿El encargado? —pregunto.

—El dueño —responde, y abre la puerta y entra de una zancada—. Pase.

Titubeo en el umbral y observo cómo el grandullón entra en la habitación que tengo delante. Al final, obligo a mis pies a ponerse en acción, a avanzar hacia la habitación, mientras miro con fijeza el lujoso despacho del señor Ward.

## Capítulo 2

—Jesse, la señorita O'Shea, Rococo Union —anuncia el grandullón.

—Perfecto. Gracias, John.

Me sacan de mi estado de admiración y paso directamente al de alerta. Mi espalda se tensa.

No puedo verlo, el inmenso cuerpo del grandullón lo tapa, pero esa voz áspera y suave hace que me quede helada en el sitio y sin duda no parece provenir de un «señor de La Mansión» fumador, obeso y que lleva gabardina.

El grandullón, o John, ahora que sé cómo se llama, se aparta y me deja echarle un primer vistazo al señor Jesse Ward.

Ay, Dios mío. El corazón me golpea el esternón y mi respiración alcanza velocidades peligrosas. De repente me siento mareada y mi boca ignora las instrucciones de mi cerebro para que, al menos, diga algo. Me quedo ahí parada, sin más, mirando a ese hombre mientras él, a su vez, me mira a mí. Su voz ronca me ha dejado de piedra, pero verlo... En fin, me he quedado estupefacta, temblorosa e incapaz de dar señales de inteligencia.

Se levanta de la silla, y mi mirada lo sigue hasta que se pone completamente en pie.

Es muy alto. Lleva las mangas de la camisa blanca recogidas, pero conserva la corbata negra, aflojada, colgando delante del ancho tórax.

Rodea el enorme escritorio y camina despacio hacia mí. Es entonces cuando recibo el verdadero impacto. Trago saliva. Este hombre es tan perfecto que casi me resulta doloroso. Tiene el pelo rubio oscuro y da la sensación de que haya intentado arreglárselo de alguna mane-

ra pero haya desistido. Sus ojos son verde pardusco, pero brillantes y demasiado intensos, y la sombra que le cubre la mandíbula cuadrada no logra ocultar los hermosos rasgos que hay debajo. Está ligeramente bronceado y tiene el punto justo de... Ay, Dios mío, es devastador. ¿El señor de La Mansión?

—Señorita O'Shea. —Su mano viene hacia mí, pero no consigo que mi brazo se levante y la estreche. Es guapísimo.

Cuando no le ofrezco la mano, se acerca y me pone las suyas sobre los hombros; luego se inclina para besarme y sus labios rozan ligeramente mi mejilla ardiente. Me tenso de pies a cabeza. Noto los latidos de mi corazón en los oídos y, aunque es del todo inapropiado para una reunión de negocios, no hago nada para detenerlo. No doy una.

—Es un placer —me susurra al oído, lo cual sólo sirve para hacerme emitir un pequeño gemido.

Sé que nota lo tensa que estoy —no es difícil, me he quedado rígida—, porque afloja las manos y baja el rostro para ponerlo a mi altura. Me mira directamente a los ojos.

—¿Se encuentra bien? —pregunta con una de las comisuras de los labios levantada en una especie de sonrisa. Veo que una sola arruga le cruza la frente.

Salgo de mi ridículo estado inerte y de repente me doy cuenta de que todavía no he dicho nada. ¿Ha notado mi reacción ante él? ¿Y el grandullón? Miro alrededor y lo veo inmóvil, con las gafas todavía puestas, pero sé que me está mirando a los ojos. Me doy un empujón mental y retrocedo un paso, lejos de Ward y de su potente abrazo. Deja caer las manos a los costados.

—Hola —carraspeo para aclararme la garganta—. Ava. Me llamo Ava. —Le tiendo la mano, pero no se da prisa en aceptarla; es como si no tuviera claro si es seguro o no, pero la estrecha...

Al final.

Tiene la mano algo sudada y le tiembla un poco cuando aprieta la mía con firmeza. Saltan chispas y una mirada curiosa revolotea por su increíble rostro. Ambos retiramos las manos, sorprendidos.

—Ava. —Prueba mi nombre entre sus labios y tengo que recurrir

a todas mis fuerzas para no volver a gemir. Debería dejar de hablar, de inmediato.

—Sí, Ava —le confirmo. Ahora es él quien parece haberse retirado a su Nirvana particular, mientras que yo soy cada vez más consciente de que me está subiendo la temperatura.

De pronto, parece recobrar la compostura, se mete las manos en los bolsillos del pantalón, mueve ligeramente la cabeza y se retira hacia atrás.

—Gracias, John. —Hace un gesto con la cabeza al grandullón, que le devuelve una pequeña sonrisa que suaviza sus rasgos duros. Luego se marcha.

Estoy a solas con este hombre que me ha dejado sin habla, inmóvil y prácticamente inútil.

Señala hacia dos sillones de cuero marrón situados uno frente a otro en el mirador, con una mesita de café entre ambos.

—Por favor, toma asiento. ¿Puedo ofrecerte algo para beber? —Aparta la mirada de la mía y camina hacia un mueble con varias botellas de licor alineadas encima. Seguro que no se refiere a algo con alcohol. Es mediodía. Es demasiado pronto incluso para mí. Observo que se queda junto al mueble durante unos segundos antes de volver el rostro hacia mí y mirarme expectante.

—No, gracias. —Niego con la cabeza mientras hablo, por si acaso no me salen las palabras.

—¿Agua? —pregunta con esa sonrisa jugando en las comisuras de su boca.

«Por Dios, no me mires.»

—Por favor. —Me sale una sonrisa nerviosa. Tengo la boca seca. Coge dos botellas de agua de la nevera integrada y regresa hacia mí. Es entonces cuando logro convencer a mis piernas temblorosas de que me lleven al otro lado del despacho, al sofá.

—¿Ava? —Su voz me atraviesa y me hace titubear a mitad de camino.

Me doy la vuelta para mirarlo. Probablemente sea una mala idea.

—¿Sí?

Sostiene un vaso de tubo.

—¿Vaso?

—Sí, por favor. —Sonrío. Debe de pensar que no soy nada profesional. Me acomodo en el sofá de cuero, saco mi carpeta y mi teléfono del bolso y los coloco en la mesa que tengo delante.

Me doy cuenta de que me tiemblan las manos.

Venga, mujer, ¡tranquilízate! Finjo tomar notas cuando se acerca y coloca una botella de agua y un vaso para mí en la mesita. Se sienta en el otro sofá y cruza una pierna por encima de la otra, de manera que un tobillo descansa sobre el muslo. Se recuesta contra el respaldo. Se está poniendo cómodo, y el silencio que se impone entre los dos grita mientras escribo cualquier cosa con tal de no mirarlo. Sé que tengo que mirar a aquel hombre y decir algo en algún momento, pero todas las preguntas habituales han huido, gritando y chillando, de mi cerebro.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta. Eso me obliga a levantar la vista y dar señales de que he oído sus palabras. Sonríe. Me derrito.

Me está observando por encima de la botella mientras la levanta para acercársela a esos labios tan adorables. Rompo el contacto visual para inclinarme y servirme un poco más de agua en el vaso. Me está costando dominar los nervios y todavía puedo sentir su mirada. Esto es muy raro. Nunca me había afectado tanto un hombre.

—Supongo que debería contarme por qué estoy aquí. —¿Puedo hablar! Le devuelvo la mirada mientras cojo el vaso de la mesita.

—Ah —dice en voz baja. Ahí está la arruga en la frente. Aun así, sigue siendo guapísimo.

—¿Pidió que viniera yo en concreto? —lo presiono.

—Sí —se limita a responder. Vuelve a sonreír. Tengo que apartar la mirada.

Bebo un sorbo de agua para humedecerme la boca seca y me aclaro la garganta antes de volver a enfrentarme a su poderosa mirada.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Puedes. —Descruza la pierna, se inclina para dejar la botella en la mesita y apoya los antebrazos en las rodillas, pero no dice nada más. ¿No va a continuar la frase?

—Vale. —Me cuesta mantener el contacto visual—. ¿Por qué?

—He oído hablar muy bien de ti.

Noto que la cara se me pone roja.

—Gracias. ¿Por qué estoy aquí?

—Pues para diseñar. —Se echa a reír y me siento estúpida y también algo molesta. ¿Se está burlando de mí?

—¿Diseñar el qué? —pregunto—. Por lo que he visto, todo está más bien perfecto. —Estoy segura de que no quiere que modernice este lugar tan encantador. Quizá no sea mi fuerte, pero reconozco las cosas con clase cuando las veo.

—Gracias —dice con suavidad—. ¿Has traído tu portafolio?

—Por supuesto —contesto mientras alcanzo mi bolso. Por qué quiere verlo es algo que no entiendo. No contiene nada que se parezca a este lugar.

Lo pongo sobre la mesita, delante de él, y espero que lo arrastre hacia sí, pero —¡horror!— se levanta con un movimiento fluido, me rodea y siento su adorable y esbelto cuerpo en el sofá que hay a mi lado. Jesús. Huele a gloria bendita (a agua fresca y mentolada). Contengo la respiración.

—Eres muy joven para ser una diseñadora consumada —reflexiona mientras pasa lentamente las páginas de mi portafolio.

Tiene razón, lo soy. Es todo gracias a que Patrick me dio vía libre en la expansión de su negocio. En cuatro años he dejado la universidad, he conseguido trabajo en una empresa de diseño de interiores consolidada —que tenía estabilidad económica, pero que carecía de un enfoque fresco en nuevas tendencias— y además me he labrado un nombre en la profesión. He tenido suerte y agradezco la confianza de Patrick en mis habilidades. Eso, sumado a mi trabajo en el Lusso, es por lo que estoy donde estoy a los veintiséis años.

Bajo la mirada hacia su encantadora mano. Un precioso Rolex de oro y grafito le adorna la muñeca.

—¿Qué edad tiene? —digo sin pensar. Madre mía. Mi cerebro es un huevo revuelto y sé que acabo de sonrojarme hasta adquirir un



tono rojo chillón. Debería mantener la boca cerrada. ¿De dónde diablos ha salido eso?

Me mira fijamente, sus ojos verdes abrasan los míos.

—Veintiuno —responde con cara de póquer.

Me río burlona y él arquea unas cejas inquisitivas.

—Lo siento —murmuro, y vuelvo a mirar a la mesa. Me pone nerviosa. Lo oigo exhalar profundamente y su adorable mano se acerca de nuevo al portafolio y empieza a pasar las páginas otra vez. Mantiene la mano izquierda apoyada sobre el borde de la mesa.

No veo ningún anillo. ¿No está casado? ¿Cómo es posible?

—Esto me gusta mucho —dice al tiempo que señala una fotografía del Lusso.

—No estoy segura de que lo que hice en el Lusso funcione aquí —digo con calma. Es demasiado moderno; muy lujoso, pero demasiado moderno.

Alza la vista hacia mí.

—Tienes razón, sólo digo... que me gusta mucho.

—Gracias. —Siento que me suben los colores mientras me estudia atentamente antes de volver a mi portafolio.

Cojo el agua y resisto la tentación de ponerme el vaso en la frente para calmarme, pero casi lo hago cuando su muslo, embutido en los pantalones, roza mi rodilla desnuda. Cambio de postura rápidamente para romper el contacto y, con el rabillo del ojo, veo que en las comisuras de sus labios se está dibujando una pequeña sonrisa de satisfacción. Lo está haciendo a propósito. Esto es demasiado.

—¿Dónde está el servicio? —pregunto al volver a dejar el vaso encima de la mesa.

Necesito ir y recomponerme. Estoy hecha un manojo de nervios.

Se levanta rápidamente del sofá y retrocede para dejarme pasar.

—Cruzando el salón de verano a la izquierda —dice con una sonrisa. Sabe el efecto que está teniendo sobre mí. El modo en que me sonrío me dice que es consciente de ello. Apuesto a que las mujeres siempre reaccionan así con él.

—Gracias. —Me pongo de lado para poder pasar por el hueco que

hay entre el sofá y la mesita, pero se convierte en el más difícil todavía cuando él no hace el más mínimo esfuerzo para dejarme más espacio. Tengo que rozarlo para pasar, y eso me hace contener la respiración hasta que estoy lejos de su cuerpo.

Avanzo hacia la puerta. Tiene la mirada clavada en mí; me siento como si me agujerease el vestido con su fuego. Giro el cuello a un lado y a otro para intentar controlar la piel de gallina que me eriza la nuca.

Salgo a trompicones del despacho y avanzo por el pasillo antes de cruzar el salón de verano y tropezar con unos baños ridículamente pijos. Me abrazo frente al lavabo y me miro al espejo.

—Por Dios, Ava, ¡contrólate! —le gruño a mi reflejo.

—Ha conocido al señor, ¿verdad?

Me doy la vuelta y veo a una mujer de negocios muy atractiva que juguetea con su pelo en el otro extremo del baño. No sé qué decir, pero acaba de confirmar lo que yo ya sospechaba: produce este efecto en todas las mujeres. Cuando mi cerebro fracasa y no consigo decir nada apropiado, me limito a sonreír.

Me devuelve la sonrisa. Se está divirtiendo y sabe por qué estoy tan aturullada. Luego desaparece de los servicios. Si no tuviera tanto calor y no estuviese tan nerviosa, me sentiría avergonzada por lo evidente de mi estado. Pero tengo calor y estoy muy nerviosa, así que me olvido de la humillación, respiro hondo un par de veces y me lavo las manos sudadas con jabón Noble Isle. Debería haberme traído el bolso. Me vendría bien un poco de cacao para los labios. Sigo teniendo la boca seca y eso hace que mis labios se resientan.

Vale, tengo que volver a salir ahí fuera, que me den los detalles y largarme. El corazón me suplica que me relaje. Estoy muy avergonzada de mí misma. Vuelvo a recogerme el pelo, salgo de los servicios y regreso al despacho del señor Ward. No sé si voy a ser capaz de trabajar para este hombre; me afecta demasiado.

Llamo a la puerta antes de entrar y lo encuentro sentado en el sofá mirando mi portafolio.

Alza la vista y sonrío. Ahora sé que tengo que marcharme, de verdad. Me es imposible trabajar con este hombre. Todas las moléculas

de mi inteligencia y mis facultades mentales se desvanecen súbitamente en su presencia. Y lo peor de todo es que él lo sabe.

Me arengo mentalmente para animarme y me acerco a la mesa ignorando el hecho de que Ward sigue cada uno de mis movimientos con la mirada. Se reclina hacia atrás en el sofá para que pase por delante de él, pero no lo hago. Me siento en el sofá de enfrente, justo en el borde.

Me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondo sin más. Lo sabe—. ¿Quiere mostrarme dónde se encuentra el futuro proyecto para que podamos hablar de los pormenores?

Obligo a mi voz a mostrar seguridad. Ahora sólo debo seguir el protocolo. No tengo la menor intención de aceptar este contrato, pero tampoco puedo marcharme así como así, por muy tentador que sea.

Enarca las cejas, sorprendido por mi cambio de estrategia.

—Claro.

Se levanta del sofá y da unas zancadas hacia el escritorio para coger el móvil. Recojo mis cosas, las meto en el bolso y sigo su gesto, que me indica el camino.

Me adelanta rápidamente, me abre la puerta y me hace una reverencia galante y exagerada mientras la mantiene abierta. Le sonrío con educación, a pesar de que sé que está jugando conmigo, y salgo al pasillo, hacia el salón de verano. Me tenso en cuanto me pone la mano en la cintura para guiarme.

¿A qué está jugando? Me esfuerzo cuanto puedo por ignorarlo, pero tendría que estar muerta para no percibir el efecto que este hombre tiene en mí. Sé que lo sabe. Tengo la piel ardiendo —seguro que le está calentando la mano a través del vestido—, no puedo controlar la respiración y andar me exige toda mi capacidad de coordinación y de todas mis fuerzas.

Soy patética, y es más que evidente que Ward está disfrutando con las reacciones que provoca en mí. Debo de ser la mar de entretenida.

Enfadada conmigo misma, camino un poco más de prisa para

romper el contacto con la mano que mantiene en mi cintura. Me detengo al llegar a un punto en el que hay dos rutas posibles.

Me alcanza y señala el exterior, el césped de las canchas de tenis.

—¿Sabes jugar?

Me entra la risa, pero es una risa incómoda.

—No. —Suelo correr y poco más. Dame un bate, una raqueta o una pelota y ya verás la que lío. Ante mi reacción, las comisuras de sus labios forman una sonrisa que resalta el verde de sus ojos y alarga sus generosas pestañas. Sonríe y sacudo la cabeza, admirada ante este hombre glorioso.

—¿Y usted? —pregunto.

Continúa por el recibidor y yo lo sigo.

—No me importa jugar de vez en cuando, pero me van más los deportes extremos.

Se detiene y yo con él. Tiene una forma física y un tono muscular que son demasiado.

—¿Qué clase de deportes extremos?

—*Snowboard*, sobre todo. Pero he probado el *rafting* en aguas rápidas, el *puenting* y el paracaidismo. Soy un poco adicto a la adrenalina. Me gusta sentir la sangre bombeando en las venas. —Me observa mientras habla y siento que me está analizando. Tendrían que anestesiar me para que yo me atreviese con esos pasatiempos que bombean sangre en las venas. Prefiero salir a correr de vez en cuando.

—Extremos —digo sin dejar de estudiar a ese hombre cuya edad desconozco.

—Muy extremos —confirma en voz baja. La respiración se me acelera de nuevo y cierro los ojos mientras me grito mentalmente por ser tan patética.

—¿Seguimos? —pregunta. Percibo la sorna que tiñe su voz.

Abro los ojos y me encuentro con su penetrante mirada verde.

—Sí, por favor.

Ojalá dejase de mirarme así. Medio sonrío otra vez y se encamina hacia el bar. Saluda a los hombres que he visto antes, dándoles palmaditas en los hombros. La mujer ya no está. Los dos clientes del bar son

muy atractivos, jóvenes —probablemente aún no hayan cumplido los treinta— y están sentados en los taburetes mientras beben botellines de cerveza.

—Chicos, os presento a Ava. Ava, éstos son Sam Ketl y Drew Davies.

—Buenas tardes —dice Drew con voz cansada. Parece un poco triste. Su aspecto (es guapo si te gustan los tipos duros) y su carácter me dicen que es inteligente, seguro de sí mismo y probablemente un hombre de negocios. Lleva el pelo negro peinado a la perfección, el traje impoluto y hace gala de una mirada astuta.

—Hola —sonríó educadamente.

—Bienvenida a la catedral del placer —ríe Sam al tiempo que levanta el botellín—. ¿Puedo invitarte a una copa?

Veo que Ward sacude un poco la cabeza y pone los ojos en blanco. Sam sonrío. Es el polo opuesto a Drew: informal y relajado, con unos vaqueros viejos, una camiseta de Superdry y unas Converse. Tiene un rostro insolente con un hoyuelo en la mejilla izquierda que lo favorece. Sus ojos azules brillan, cosa que lo hace parecer aún más insolente, y lleva el pelo rubio ceniza a la altura de los hombros y hecho un desastre.

—No, gracias —contesto.

Mueve la cabeza hacia Ward.

—¿Jesse?

—No, gracias. Le estoy enseñando a Ava la ampliación. Va a encargarse del interiorismo —dice sonriéndome.

Me río por dentro. No lo haré si puedo evitarlo. De todos modos, se está precipitando un poco, ¿no? Todavía no hemos hablado de las tarifas, de lo que quiere, ni de nada.

—Ya era hora. Nunca hay habitaciones libres —gruñe Drew pegado a su botellín. ¿Por qué nunca he oído hablar de este sitio?

—¿Qué tal el *snowboard* en Cortina, amigo mío? —pregunta Sam. Ward se sienta en un taburete.

—Alucinante. La forma de esquiar de los italianos se parece bastante a su estilo de vida relajado. —Esboza una gran sonrisa (la pri-

mera sonrisa de verdad desde que lo conozco), recta, blanca y exuberante. Este hombre es un dios—. Me levantaba tarde, encontraba una buena montaña, bajaba las laderas hasta que me cedían las piernas, echaba la siesta, comía tarde y, al día siguiente, vuelta a empezar. —Está hablando con todos pero me mira a mí. Su pasión por los descensos queda reflejada en su amplia sonrisa.

No puedo evitar devolvérsela.

—¿Se le da bien? —pregunto, porque es lo único que se me ocurre. Imagino que todo se le da bien.

—Muy bien —confirma. Asiento con un gesto de aprobación y, por unos segundos, nuestras miradas se entrelazan. Soy la primera en apartarla.

—¿Continuamos? —pregunta tras bajarse del taburete y señalar la salida.

—Sí. —Sonrío. Al fin y al cabo, se supone que he venido aquí a trabajar. Lo único que he conseguido hasta el momento es un sofocón y una lista de deportes extremos. Siento que estoy como en trance.

Desde el momento en que he atravesado las puertas he sabido que no iba a ser una reunión normal y corriente, y estaba en lo cierto. A lo largo de los cuatro años que llevo visitando a gente en sus casas, sus lugares de trabajo y en edificios de nueva construcción, nunca me he topado con un Jesse Ward.

Probablemente no vuelva a hacerlo. Sin duda, tengo un buen trabajo.

Me vuelvo hacia los dos chicos de la barra y me despido con una sonrisa. Ellos levantan los botellines hacia mí antes de continuar con su conversación. Camino en dirección a la puerta que lleva de vuelta al recibidor y lo siento cerca, detrás de mí. Tan cerca que puedo olerlo. Cierro los ojos y rezo una plegaria a Dios para que me saque pronto de ésta y, al menos, con un mínimo de dignidad intacta. Es demasiado intenso y estimula mis sentidos en un millón de direcciones distintas.

—Y ahora, la atracción principal. —Empieza a subir la amplia escalera. Lo sigo mientras contemplo el vacío colosal que lleva a una zona muy espaciosa—. Éstas son las habitaciones privadas —dice señalando varias puertas.

Camino detrás de él admirando su adorable trasero, pensando que es posible que tenga los andares más sexys que jamás haya tenido el privilegio de ver. Cuando consigo apartar los ojos de su culo prieto veo que, a intervalos regulares, hay al menos veinte puertas que llevan a otras habitaciones Avanzamos hasta otra escalera grandiosa que lleva a un piso superior.

Al pie de la escalera hay una preciosa vidriera y un arco que conduce a otra ala.

—Ésta es la ampliación. —Me guía por una nueva ala de la mansión—. Aquí es donde necesito tu ayuda —añade, y se detiene en la entrada de un pasillo que lleva a diez habitaciones más.

—¿Es todo nuevo? —pregunto.

—Sí. De momento son cascarones vacíos, pero estoy seguro de que le pondrás remedio. Te las enseñaré.

Me deja más que asombrada cuando me coge de la mano y tira de mí por el pasillo hasta que alcanzamos la última puerta. ¡Qué inapropiado! Todavía le suda la mano y estoy segura de que la mía tiembla entre sus dedos. La sonrisa que me lanza con una ceja arqueada me dice que estoy en lo cierto. Hay una especie de corriente eléctrica que fluye entre los dos y hace que me estremezca.

Abre las puertas y me mete en una habitación recién enlucida. Es enorme, y las ventanas encajan con el resto de la propiedad. Quienquiera que la construyese hizo un trabajo excelente.

—¿Son todas tan grandes? —pregunto, y doblo los dedos hasta que me suelta la mano. ¿Se comporta así con todas las mujeres? Es desconcertante.

—Sí.

Me dirijo hacia al centro de la habitación mientras miro a mi alrededor. Tiene un buen tamaño.

Veo que hay otra puerta.

—¿Tiene baño? —Mientras hablo, voy hacia la puerta y entro.

—Sí.

Las habitaciones son enormes, especialmente teniendo en cuenta cómo suelen ser en los hoteles. Podrían hacerse muchas cosas. Me

sentiría muy emocionada si no estuviese tan preocupada por lo que se espera de mí. Esto no es el Lusso. Salgo del cuarto de baño y encuentro a Ward apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos, los párpados caídos y los ojos oscuros mirándome. Dios mío, este hombre es puro sexo. Es casi una pena que el diseño tradicional no tenga cabida en mi historia como diseñadora. No me interesa lo más mínimo.

—No estoy segura de ser la persona adecuada para este trabajo.  
—Sueno apesadumbrada. No pasa nada, porque lo estoy. Me apena no poder controlarme. Me mira, con esos ojos verde pardusco que atacan mis defensas, y me doy la vuelta sobre los talones.

—Creo que tienes lo que quiero —dice en voz baja.

«¡Mi madre!»

—Lo mío siempre ha sido el lujo moderno. —Echo otro vistazo a la habitación y, despacio, vuelvo a dejar que mi mirada se pose en él—. Estoy segura de que quedará más satisfecho con Patrick o con Tom. Ellos se encargan de nuestros proyectos de época.

Reflexiona sobre lo que he dicho durante un segundo, hace de nuevo ese movimiento de cabeza y se aparta de la pared impulsándose con los omoplatos.

—Pero te quiero a ti.

—¿Por qué?

—Tienes pinta de ser muy buena.

Se me escapa un suspiro involuntario entre los labios al escuchar sus palabras. No sé cómo interpretarlas. ¿Se refiere a mi habilidad como diseñadora o a otra cosa? El modo en que me mira me dice que es a la otra cosa. Está un pelín demasiado seguro de sí mismo.

—¿Especificaciones? —pregunto. De nuevo, no se me ocurre otra cosa. Vuelvo a sonrojarme.

Una sonrisa juguetea en las comisuras de sus labios.

—Sensual, íntimo, lujoso, estimulante, reconstituyente... —Hace una pausa para valorar mi reacción.

Frunzo el ceño. No es lo habitual. No ha mencionado ni relajante, ni funcional, ni práctico.



—Vale. ¿Hay algo en particular que deba incluir? —vuelvo a preguntar. ¿Por qué me molesto en averiguar las respuestas?

—Una cama grande y muchas aplicaciones de pared —contesta de una tirada.

—¿Qué clase de aplicaciones?

—Grandes, de madera. Ah, la iluminación tiene que ser la adecuada.

—¿La adecuada para qué? —No puedo evitar el tono de confusión.

Sonríe y me derrito en un charco de hormonas calientes.

—Para las especificaciones, claro.

Ay, Dios, debe de estar pensando que soy una lerda.

—Sí, claro. —Levanto la vista y veo que unas vigas robustas cruzan el techo. El edificio es nuevo pero no son vigas falsas—. ¿Las hay en todas las habitaciones?

Vuelvo a mirarlo a los ojos.

—Sí, son esenciales. —Su voz es grave y seductora. No estoy segura de poder aguantar mucho más.

Cojo el cuaderno de especificaciones del cliente y empiezo a tomar notas.

—¿Hay algún color en particular que deba incluir o evitar?

—No, puedes volverte loca.

Levanto la cabeza para mirarlo.

—¿Perdone?

Sonríe.

—Que hagas lo que quieras.

Ah, bueno, no voy a volverme loca con nada porque no va a volver a verme por aquí. Pero debería conseguir la máxima información para poder pasársela a Patrick o a Tom con al menos un mínimo de datos.

—Ha mencionado una cama grande. ¿De algún tipo en particular? —pregunto intentando mantener la profesionalidad.

—No. Sólo que sea muy grande.

Flaqueo a mitad de la nota, levanto la vista y veo que me está observando. Me siento idiota porque me pone muy nerviosa.

—¿Qué hay de los tejidos?

—Sí, muchos tejidos. —Empieza a caminar hacia mí—. Me gusta tu vestido —susurra.

Mierda, ¡tengo que salir de aquí!

—Gracias —digo con un gritito agudo mientras voy de camino a la puerta—. Ya tengo todo lo que necesito. —No es verdad, pero no puedo quedarme ni un minuto más. Este hombre me nubla los sentidos—. Prepararé algunos bocetos. —Salgo al pasillo y voy directa al comienzo de la escalera.

Maldita sea, cuando me he despertado esta mañana esto era lo último que me esperaba. Una mansión de campo pija —con un dueño guapísimo como colofón— no forma parte de mi rutina diaria.

Consigo llegar a la escalera y la bajo a una velocidad estúpida, teniendo en cuenta los altísimos tacones marrón tostado que llevo puestos. Pongo los pies en el suelo de parquet preguntándome cómo diablos he llegado aquí.

—Espero noticias tuyas, Ava. —Su voz ronca me recorre el cuerpo. Ward me alcanza al final de la escalera y me tiende la mano. La acepto por temor a que, si no lo hago, se acerque y vuelva a ponerme los labios encima.

—Tiene un hotel encantador —digo de corazón. Estoy empezando a desear que el contenido de mi bolso consistiera en unas bragas limpias, una venda, tapones para los oídos y algún tipo de armadura. Con eso habría estado más preparada.

Levanta las cejas, mantiene mi mano en la suya y, lentamente, la aprieta. La corriente que viaja por nuestras manos unidas hace que me tense de pies a cabeza.

—Tengo un hotel encantador —repito pensativo. La corriente se convierte en una descarga eléctrica y retiro la mano en un acto reflejo. Me mira inquisitivo—. Ha sido un placer conocerte, Ava. De verdad. —Hace énfasis en «De verdad».

—Lo mismo digo —susurro.

Veo que su mirada se clava en mí durante un instante y empieza a mordisquearse el labio inferior. Se desplaza hacia la mesa central del

recibidor. Saca una sola cala del jarrón que preside el mueble y la estudia un momento antes de ofrecérmela.

—Elegancia sencilla —dice con suavidad.

No sé por qué, quizá porque mi cerebro está muerto, pero la cojo.

—Gracias.

Se mete la otra mano en el bolsillo y me observa de cerca.

—De nada. —Su mirada viaja de mis ojos a mis labios. Retrocedo unos pasos.

—¡Por fin te encuentro! —Una mujer sale del bar y se acerca a Ward. Es atractiva: rubia, de estatura media, con el pelo escalado y labios rojos y carnosos. Lo besa en la mejilla—. ¿Estás listo?

Vale, supongo que debe de ser la esposa. Pero no lleva anillo, así que quizá sea la novia. Sea como sea, me quedo perpleja, porque él no me quita los ojos de encima ni se molesta en contestar a su pregunta. Ella se da la vuelta para ver qué le está robando su atención y me mira con recelo. Me cae mal al instante, y no tiene nada que ver con el hombre al que está abrazando.

—¿Y tú eres...? —ronronea.

Cambio de postura, incómoda. Me siento como si me hubieran pillado haciendo una travesura.

Bueno, es que me han pillado. He tenido reacciones extremadamente indeseadas hacia su novio.

Una irracional punzada de celos me apuñala. ¡Esto es ridículo!

Sonrío con dulzura.

—Yo ya me iba. Adiós. —Me doy la vuelta y prácticamente salgo corriendo hacia la puerta y escalones abajo. Me subo de un salto al coche, dejo escapar un enorme suspiro y, cuando mis pulmones me agradecen el aire fresco, me reclino en el asiento y empiezo a hacer ejercicios para normalizar la respiración.

Voy a tener que pasarle el proyecto a Tom. Me echo a reír, es una idea estúpida. Tom es gay. Ward le afectará tanto como a mí. A pesar de que está pillado, sigo sin poder trabajar con él. Sacudo la cabeza, incrédula, y arranco el coche.

Mientras conduzco por el camino de grava, miro cómo la impo-

nente mansión se hace cada vez más pequeña en mi retrovisor. Y allí, de pie en lo alto de la escalera, viéndome marchar, está Jesse Ward.

—¡Has vuelto! Estaba a punto de llamarte —exclama Kate sin levantar la vista de la figura de los novios que está colocando sobre la tarta de bodas que debe decorar. Tiene la lengua fuera, apoyada sobre el labio inferior. Me hace sonreír—. ¿Te apetece salir? —Sigue sin mirarme.

Es algo bueno. Estoy segura de que mi cara me delataría si intentara fingir que no pasa nada. Todavía estoy alterada por mi cita del mediodía con cierto señor de La Mansión. No tengo energía para arreglarme y salir.

—¿Y si guardamos fuerzas para mañana? —Tengo que intentarlo. Sé que eso significa una botella de vino en el sofá, pero al menos podré ponerme el pijama y relajarme. Después del día que he tenido, mi mente va a toda pastilla y necesito desconectar. Me duele la cabeza y no he podido concentrarme en todo el día.

—Perfecto. Terminó la tarta y soy toda tuya. —Le da la vuelta al pastel de fruta sobre el pedestal y echa unas gotas de pegamento comestible en la cobertura—. ¿Qué tal el día en el campo?

¡Ja! ¿Qué le digo? Esperaba encontrarme a un paleta pomposo que ha resultado ser un dios, guapo a rabiar. Pidió que fuera yo expresamente, su tacto me convirtió en lava ardiendo, no puedo mirarlo a los ojos por miedo a desmayarme y le ha gustado mi vestido. En vez de eso, contesto:

—Interesante.

Levanta la vista.

—Cuenta —me responde. Le brillan los ojos y se inclina de nuevo sobre la tarta, con la lengua fuera otra vez.

—No era lo que me esperaba. —Me quito una pelusa imaginaria del vestido azul marino para intentar restarle importancia.

—No me cuentes lo que te esperabas y dime qué te has encontrado. —Ha dejado de intentar colocar a los novios en lo alto de la tarta.

En vez de eso, me mira fijamente. Tiene cobertura en la punta de la nariz, pero la ignoro.

—El dueño. —Me encojo de hombros mientras juego con mi cinturón marrón tostado.

—¿El dueño? —pregunta con los labios fruncidos.

—Sí, Jesse Ward, el dueño. —Me quito más pelusas imaginarias del vestido.

—Jesse Ward, el dueño. —Me imita, y a continuación hace un gesto hacia uno de los sillones semicirculares de su taller—. ¡Siéntate! ¿Por qué intentas parecer tan tranquila? No engañas a nadie. Tienes las mejillas del color de esa cobertura. —Señala una tarta con forma de camión de bombero que hay en la estantería de metal—. ¿Por qué el dueño, Jesse Ward, no era como esperabas?

«¡Porque estaba muy bueno!» Me dejo caer en el sillón con el bolso en el regazo mientras Kate, de pie, se da golpecitos en la palma de la mano con el mango de una espátula. Al final, se acerca y se sienta en el sillón de enfrente.

—Cuéntame —me presiona. Sabe que tengo algo que contar.

Me encojo de hombros.

—El hombre es atractivo y lo sabe. —Los ojos se le iluminan y los golpes de la espátula se tornan cada vez más rápidos. Quiere más drama. Le encanta. Cuando Matt y yo rompimos, fue la primera en aparecer para ver el espectáculo en calidad de amiga. No tenía por qué haberse molestado. Lo dejamos de mutuo acuerdo. Fue una ruptura amistosa y bastante aburrida. No destrozamos la vajilla y ningún vecino tuvo que llamar a la policía.

—¿Qué edad tiene? —pregunta con avidez.

Ahí me ha pillado. Todavía me tortura haber soltado una pregunta tan inapropiada en una reunión de negocios. No valía la pena ni que me sintiera avergonzada, porque estaba claro que estaba jugando conmigo.

Me encojo de hombros.

—Dijo que veintiuno, pero por lo menos tiene diez más.

—¿Se lo has preguntado? —La mandíbula le llega al regazo.

—Sí. Se me escapó en un momento en el que el filtro cerebro-boca me falló del todo. No me siento orgullosa —murmuro—. He quedado como una idiota, Kate. Nunca me había sentido así con un hombre. Pero éste... En fin, te habrías avergonzado de mí.

Suelta una sonora carcajada.

—¡Ava, tengo que enseñarte habilidades sociales! —Se recuesta con brusquedad sobre el respaldo del sillón y lame la cobertura de la espátula.

—Sí, por favor —gruño, y estiro la mano hacia ella. Me pasa la espátula y empiezo a lamer los bordes. Hace un mes que vivo con Kate y sobrevivo a base de vino, azúcar para cobertura y masa para tartas. No puede decirse que la ruptura me haya quitado el apetito—. Estaba muy seguro de sí mismo —digo entre lametones.

—¿En qué sentido?

—Ese tío sabía que provocaba ciertas reacciones en mí. Seguro que daba pena verme. Ha sido patético.

—¿Tanto?

Sacudo la cabeza.

—Exageradamente patético.

—Seguro que no vale nada en la cama —musita Kate—. Todos los guapos son así. ¿Y las especificaciones?

—Una ampliación de diez dormitorios. Pensaba que iba a una mansión de campo, pero es un superhotel pijo con *spa*. La Mansión. ¿Lo conoces?

Kate pone cara de no tener ni idea.

—No —responde, y se levanta para apagar el horno—. ¿Puedo ir contigo la próxima vez?

—No. No pienso regresar. No puedo trabajar así. Además, tiene novia y no puedo volver a mirarlo a los ojos, no después del numerito de hoy. —Me levanto del sillón y tiro la espátula al cuenco vacío—. Se lo he pasado a Patrick. ¿Y el vino?

—En la nevera.

Subimos al apartamento y nos ponemos el pijama. Dejo el bolso en la cama y la cala hace su aparición estelar. Elegancia sencilla. La

cojo y le doy vueltas entre los dedos; luego la tiro a la papelera. Olvidado...

Ya con la ropa cómoda, meto en el reproductor de DVD la última novedad del videoclub, salto al sofá con Kate e intento concentrarme en la película.

Es imposible. El ojo de mi mente está invadido por las imágenes de un hombre de ojos verdes, rubio, esbelto y de edad desconocida con unos andares para babear y toneladas de atractivo sexual. Me quedo dormida con las palabras «Pero te quiero a ti» rebotando en mi cabeza. No tan olvidado...

### Capítulo 3

Después de dos reuniones de seguimiento con clientes y de parar en la nueva casa del señor Muller en Holland Park para dejarle unas cuantas muestras, estoy de vuelta en la oficina escuchando cómo Patrick despotrica de Irene. Es lo habitual los lunes por la mañana después de que haya soportado todo el fin de semana con su mujer y lejos de la oficina. La verdad es que no sé cómo el pobre hombre la aguanta.

Tom entra con una sonrisa de oreja a oreja y de inmediato sé que ha ligado durante el fin de semana.

—Cielo, ¡cuánto te he echado de menos! —Me da un beso sin llegar a tocarme y se vuelve hacia Patrick, que se protege con las manos en un gesto que dice: «¡Ni se te ocurra!» Tom pone los ojos en blanco, sin ofenderse ni un ápice, y baila hasta llegar a su mesa.

—Buenos días, Tom —lo saludo con alegría.

—Esta mañana ha sido de lo más estresante. El señor y la señora Baines han cambiado de opinión por enésima vez. He debido cancelar todos los pedidos y reorganizar a una docena de obreros. —Mueve la mano, frustrado—. Me han puesto una maldita multa por no colocar la tarjeta de aparcamiento de residentes y, además, me he enganchado el jersey nuevo en uno de esos horrendos pasamanos que hay a la salida del Starbucks. —Se pone a tirar de la lana desgarrada del dobladillo de su jersey rosa fucsia con cuello en V—. ¡Míralo, jolines! Menos mal que eché un polvo anoche, porque si no estaría en el pozo de la desesperación. —Me sonrío.

Lo sabía.

Patrick se va negando con la cabeza. Todos sus intentos por dis-



minuir el amaneramiento de Tom hasta niveles más tolerables han fracasado. Ahora ya se ha rendido.

—¿Una buena noche? —pregunto.

—Maravillosa. He conocido a un hombre divino. Va a llevarme al Museo de Historia Natural el fin de semana que viene. Es científico. Somos almas gemelas, estoy seguro.

—¿Qué ha pasado con el entrenador personal? —vuelvo a preguntar. Era su alma gemela de la semana pasada.

—Olvídalo, un desastre. Apareció el viernes en mi apartamento con un DVD de *Dirty Dancing* y comida india para dos. ¿Te lo puedes creer?

—Me dejas de piedra —me burlo.

—Lo peor. No hace falta que te diga que no voy a volver a verlo. ¿Y qué hay de ti, cielo? ¿Qué tal ese guapísimo ex novio tuyo? —Me guiña el ojo. Tom no oculta que Matt lo atrae, cosa que a mí me hace gracia pero que incomoda a Matt.

—Está bien. Sigue siendo mi ex y sigue siendo hetero.

—Qué lástima. Avisame cuando entre en razón. —Tom se marcha tranquilamente, retocándose el tupé rubio y perfecto.

—Sally, te mando por correo electrónico la factura por una consulta de diseño para el señor Ward. ¿Podrías asegurarte de que se envía hoy mismo?

—Así lo haré, Ava. ¿Pago a siete días?

—Sí, gracias. —Regreso a mi mesa y continúo casando colores. Alargo el brazo para coger el móvil cuando empieza a bailar por mi mesa. Miro la pantalla y casi me caigo de la silla al ver en ella el nombre de «Jesse». Lo miro durante unos segundos, hasta que mi cerebro se repone del susto y el corazón se me acelera en el pecho. Pero ¿qué demonios...?

Yo no guardé su número, Patrick no me lo dio y, tras pasarle el proyecto el viernes, ya no lo necesitaba. Decía en serio lo de que no iba a volver. Y, en cualquier caso, no lo habría grabado con su nombre de pila. Sostengo el teléfono en la mano, echo un vistazo a la oficina para ver si el ruido ha llamado la atención de alguno de mis compañeros. No lo ha hecho. Lo dejo sonar. ¿Qué querrá?

Voy al despacho de Patrick a preguntarle si ha informado al señor Ward del cambio de planes, pero entonces vuelve a sonar y me frena en seco. Respiro hondo y contesto.

Si Patrick no ha hablado aún con él, lo haré yo. Y si no le gusta, mala suerte. A duras penas he logrado convencerme a mí misma de que le he pasado el contrato a Patrick porque él es más apto que yo para el proyecto. Sé muy bien que ésa no es toda la verdad.

—Hola —respondo. Pataleo ligeramente en el suelo porque el saludo suena un tanto receloso. Quería sonar segura y llena de confianza en mí misma.

—¿Ava? —Su voz ronca tiene el mismo impacto que el viernes en mis débiles sentidos, pero al menos por teléfono no puede ver cómo tiemblo.

—¿Quién es? —Muy bien. Mucho mejor. Profesional y tranquila. Se ríe y me hace bajar la guardia.

—Sé que sabes la respuesta a esa pregunta porque mi nombre aparece en tu teléfono. —Tierra trágame—. ¿Estás intentando hacerte la interesante?

¡Será arrogante! ¿Cómo lo sabe? Pero entonces caigo en la cuenta.

—Metió su teléfono en mi lista de contactos. —Ya lo entiendo. ¿Cuándo lo hizo? Repaso mentalmente nuestra reunión y decido que fue durante mi visita al baño, porque dejé el portafolio y el móvil en la mesa. ¡No puedo creer que curioseara en mi móvil!

—Necesito poder localizarte.

Oh, no. Está claro que Patrick no se lo ha dicho. De todos modos, uno no va por ahí tocando móviles ajenos. Se lo tiene muy creído. ¿Y lo de grabarse como «Jesse»? Es un pelín demasiado familiar.

—Patrick debería haber contactado con usted —lo informo con frialdad—. Me temo que no puedo ayudarlo, pero él estará encantado de hacerlo.

—Patrick ya ha hablado conmigo —responde. Suspiro de alivio, pero en seguida frunzo el ceño. Entonces ¿por qué me llama?—. Estoy seguro de que Patrick estará encantado de ayudarme, pero yo no tanto.

Me quedo boquiabierta. ¿Quién se cree que es? ¿Me ha llamado para decirme que no le gusta? Este hombre se pasa de arrogante. Cierro la boca.

—Siento mucho oírlo. —No parece que lo sienta; parece que estoy enfadada.

—¿De verdad?

Y vuelve a pillarme por sorpresa. No, no lo siento, pero eso no voy a decírselo.

—Sí —miento. Quiero añadir que nunca podría trabajar con un cerdo guapo y arrogante como él, pero me contengo. No sería muy profesional.

Lo oigo suspirar.

—No creo que lo sientas, Ava. —Mi nombre suena a terciopelo en sus labios, y me provoca un estremecimiento familiar. ¿Cómo sabe que no lo siento?—. Creo que me estás evitando —añade.

Como esto siga así, voy a dislocarme la mandíbula. Provoca sentimientos nada deseables en mí, y el hecho de saber que tiene una relación con alguien no ayuda nada.

—¿Por qué iba a hacer yo algo así? —digo con atrevimiento. Eso debería obligarlo a callar.

—Pues porque te sientes atraída hacia mí.

—¿Perdone? —le espeto. Su soberbia no tiene límites. ¿Es que no tiene vergüenza? El hecho de que haya dado en el clavo no es relevante. Habría que estar ciega, sorda y tonta para no sentirse atraída por aquel hombre. Es la perfección personificada, y está claro que lo sabe.

Suspira.

—He dicho que...

—Ya, le he oído —lo interrumpo—. Es que no puedo creerme que lo haya dicho. —Me desplomo sobre mi silla.

Nunca he visto nada parecido. Me deja pasmada. ¿El tipo tiene a una persona especial en su vida y está flirteando por teléfono conmigo? ¡Menudo donjuán! Tengo que volver a centrar la conversación en lo profesional y colgar cuanto antes.

—Le pido disculpas por no estar disponible para su proyecto —suelto de un tirón, y cuelgo. Me quedo mirando el teléfono.

Ha sido una falta de educación y nada profesional, pero es tan lanzado que me ha dejado estupefacta. Cada minuto que transcurre tengo más claro que pasarle el contrato a Patrick ha sido lo más sensato. Me llega un mensaje de texto.

No lo has negado. Que sepas que el sentimiento es mutuo. Bs, J

«¡Me cago en la hostia!» Me llevo la mano a la boca y aprieto con fuerza para evitar que las palabrotas mentales salgan de mis labios. No, no lo he negado. ¿Y él se siente atraído por mí? ¿Soy un pelín joven para él o él es demasiado mayor para mí? ¿Besos? Cabrón engreído. No contesto; no tengo ni idea de cómo responder. En vez de eso, meto el móvil en el bolso y me voy a comer con Kate.

—¡Madre mía! —exclama Kate al mirar mi móvil. Su pelo rojo, recogido en una cola de caballo, ondea de un lado a otro cuando me nea la cabeza—. ¿Le has contestado? —Me mira expectante.

—Dios, no —me río. ¿Qué me aconsejaría que le dijese? Me tiene pasmada.

—¿Y tiene novia?

—Sí —asiento al tiempo que enarco las cejas.

Deja el teléfono encima de la mesa.

—Qué pena.

¿Sí? La verdad es que simplifica bastante las cosas. Eso supera sin duda las reacciones que provoca en mí. Kate es mucho más atrevida que yo. Le habría contestado algo sorprendente y sugerente, y es probable que lo hubiese dejado boquiabierto. Esta chica podría competir con cualquier devoradora de hombres. Como es muy lanzada, los espanta a casi todos en la primera cita; sólo los más fuertes sobreviven. El pelo rojo y largo de Kate tiene tanta personalidad como ella. Es una mujer segura de sí misma, independiente y decidida.

—La verdad es que no —musito, y cojo mi vaso de vino de la hora de comer para darle un sorbo—. Además, sólo hace cuatro semanas que Matt y yo hemos roto. No quiero hombres en mi vida, de ninguna clase. —Me gusta sonar decidida—. Estoy disfrutando de estar soltera y sin ataduras por primera vez en mi vida —añado. Así es como me siento. Estuve cuatro años con Matt y, antes de eso, mantuve una relación de tres años con Adam.

—¿Has visto al capullo? —Kate pone cara de asco cuando menciono el nombre de mi ex.

No soporta a Matt, y se alegró de que rompiera con él. Que Kate lo pillara in fraganti con una compañera de trabajo en un taxi sólo confirmó lo que yo ya sabía. No sé por qué hice la vista gorda durante tanto tiempo. Cuando hablé con él, con calma, se deshizo en disculpas y casi se desmaya cuando le dije que no me importaba. Era verdad, y yo también estaba sorprendida. La relación se había terminado y él opinaba lo mismo. Todo fue muy amistoso, para disgusto de Kate. Ella quería vajillas rotas e intervenciones policiales.

—No —respondo.

—Nos lo estamos pasando bien, ¿verdad? —Me sonrío, y entonces llega la camarera con nuestra comida.

—Voy al servicio. —Me levanto y dejo a Kate comiendo patatas fritas con mayonesa.

Después de entrar en el baño, me miro al espejo, me retoco el brillo de labios y me atuso el pelo.

Hoy se está portando bien, así que lo llevo suelto sobre los hombros. Me aliso los pantalones capri negros y me quito un par de pelos de la blusa de color crema. El teléfono suena cuando voy de camino al bar. Lo saco de bolso y pongo los ojos en blanco al ver que es él otra vez. Probablemente se esté preguntando dónde está mi respuesta a su nada apropiado mensaje de texto. No voy a entrar en ese juego.

—Rechazar —le digo al teléfono. Aprieto con decisión el botón rojo y vuelvo a guardarlo en el bolso mientras avanzo por el pasillo—. Uy, lo siento mucho —farfullo al darme de bruces contra un tórax.

Es un torso firme, y el embriagador perfume a agua fresca que me

inunda me resulta muy familiar. Mis piernas se niegan a moverse y no sé qué voy a ver si levanto la vista. Sus brazos ya están alrededor de mi cintura, sujetándome, y mis ojos quedan a la altura de la parte superior de su pecho.

Veó cómo le late el corazón a través de la camisa.

—¿Rechazar? —dice en voz baja—. Eso me ha dolido.

Me aparto de su abrazo e intento recobrar la compostura. Está impresionante, con un traje gris marengo y una camisa blanca y planchada. Mi incapacidad para apartar la vista de su pecho por miedo a quedar hipnotizada por sus potentes ojos verdes hace que me entre la risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me pregunta. Sospecho que frunce el ceño ante mis carcajadas, aunque, como me niego a mirarlo, no puedo confirmarlo.

—Lo siento. No miraba por dónde iba. —Lo esquivo, pero me coge del codo y detiene mi huida.

—Antes de irte, dime una cosa, Ava. —Su voz despierta mis sentidos y mis ojos viajan por su cuerpo esbelto hasta que nuestras miradas se encuentran. Está serio, pero sigue siendo impresionante—. ¿Cuánto crees que vas a gritar cuando te folle?

«¿QUÉ?»

—¿Perdone? —consigo espetarle pese a que mi lengua parece de trapo.

Medio sonrío ante mi sorpresa. Me levanta la barbilla con el índice y la empuja hacia arriba para hacerme callar.

—Piénsalo. —Me suelta el codo.

Le lanzo una mirada furibunda antes de volver a nuestra mesa con el paso más firme que mis temblorosas piernas me permiten. ¿Lo he oído bien? Me siento en la silla y me bebo todo el vino intentando humedecer mi boca seca.

Cuando miro a Kate, está boquiabierta. Sobre su lengua veo los trozos a medio masticar de patatas fritas y de pan. No es nada bonito.

—¿Quién coño es ése? —balbucea con la boca llena.

—¿Quién? —Miro alrededor haciéndome la loca.

—Ése. —Kate señala con el tenedor—. ¡Mira!

—Lo he visto, pero no lo conozco —respondo molesta.

«¡Déjalo ya!»

—Viene hacia aquí. ¿Seguro que no lo conoces? Joder, está buenísimo. —Me mira. Me encojo de hombros.

Vete, por favor. Vete. ¡Vete! Cojo un solitario trozo de lechuga de mi sándwich de beicon, lechuga y tomate y empiezo a mordisquear los bordes. Me pongo tensa y sé que se está acercando porque Kate levanta la vista para adaptarla a su altura. ¡Ojalá cerrase la dichosa boca de una vez!

—Señoritas. —Su voz grave y profunda me hace cosquillas en la piel. No me ayuda a relajarme, precisamente.

—Hola —escupe Kate, y mastica a toda velocidad para librar a su boca de la obstrucción que le impide hablar.

—¿Ava? —me saluda. Muevo mi hoja de lechuga en dirección a él para indicarle que sé que está ahí sin tener que mirarlo. Se ríe un poco.

Con el rabillo del ojo, veo que se agacha hasta ponerse en cuclillas a mi lado, pero aun así me niego a mirarlo. Apoya un brazo en la mesa y oigo a Kate toser y escupir los restos de comida.

—Así está mejor —dice. Puedo sentir su aliento en la mejilla.

De mala gana, levanto la vista y bajo las pestañas veo que Kate me está mirando boquiabierta, con los ojos como platos y en plan: «¡Sigue aquí! ¡Habla con él, idiota!» No se me ocurre nada que decir. Este hombre me ha dejado inútil otra vez.

Lo oigo suspirar.

—Soy Jesse Ward, encantado de conocerte. —Tiende la mano hacia el otro lado de la mesa.

Kate la coge encantada.

—¿Jesse? —farfulla—. ¡Ah, Jesse! —Me mira de forma acusadora—. Yo soy Kate. Ava me ha dicho que tienes un hotel pijo.

Le lanzo una mirada furibunda.

—¿Me ha mencionado? —pregunta con suavidad. No tengo que mirarlo para saber que ha puesto cara de engraido satisfecho ante la noticia—. Me gustaría saber qué más te habrá dicho.

—Nada. Poco más —dice Kate intentando arreglarlo, pero ya es

demasiado tarde para retractarse de la última frase. Le lanzo mi peor mirada asesina.

—Poco más —contraataca él.

—Sí, poco más —sostiene Kate.

Harta del pequeño intercambio estéril con el que los dos parecen estar disfrutando, me hago cargo de la situación y lo miro.

—Ha sido agradable volver a verlo. Adiós.

Nuestras miradas se cruzan de inmediato y sus ojos verdes, con los párpados pesados, oscuros y exigentes, acaban conmigo. Siento su respiración vacilante y aparto la mirada de la suya, pero sólo para llevarla a su boca. Tiene los labios húmedos, entreabiertos, y, lentamente, saca un poco la lengua y se la pasa muy despacio por el labio inferior. No puedo dejar de mirarlo. Sin que nadie se lo ordene, mi lengua responde con una feliz expedición por mi labio inferior. Traiciona mis intentos por aparentar frialdad, como si aquello no me afectara... Pero más bien ocurre todo lo contrario.

Esto es una locura. Esto... lo que sea que es... es una locura. Tiene demasiada confianza en sí mismo y es un arrogante, pero probablemente tenga motivos para serlo. Deseo desesperadamente que este hombre deje de afectarme.

—¿Agradable? —Se inclina hacia adelante, me coge el muslo y la lava líquida me inunda las ingles. Muevo las piernas y junto los muslos para controlar la pulsación que amenaza con convertirse en una palpitación tremenda—. Se me ocurren muchas palabras, Ava. «Agradable» no es una de ellas. Te dejo para que medites sobre mi pregunta.

¡Por el amor de Dios! Trago saliva cuando se inclina hacia mí a media altura y me posa los labios húmedos en la mejilla prolongando el beso toda una eternidad. Aprieto los dientes intentando no volverme hacia él.

—Hasta pronto —susurra. Es una promesa. Suelta mi muslo tenso y se levanta—. Encantado de conocerte, Kate.

—Mmm, lo mismo digo —responde pensativa.

Se marcha hacia la parte de atrás del bar. Ay, Dios, camina con decisión y es de lo más sexy. Cierro los ojos para recuperar mis habilidades mentales, que ahora mismo están hechas pedazos por el suelo



del bar. No tiene remedio. Me vuelvo hacia Kate y me encuentro con unos acusadores ojos azules abiertos como platos y que me miran como si me hubieran salido colmillos.

Las cejas le llegan a la línea de nacimiento del pelo.

—Joder, eso ha sido intenso —escupe hacia mi lado de la mesa.

—¿Tú crees? —Empiezo a jugar con mi sándwich por el plato.

—Corta el rollo del bla-bla-bla ahora mismo o te meto el tenedor por el culo, tan adentro que vas a masticar metal. ¿Sobre qué pregunta tienes que meditar? —Su tono es fiero.

—No lo sé. —Me la quito de encima—. Es atractivo, arrogante y tiene novia. —Le doy datos vagos.

Kate suelta un silbido largo y amplificado.

—Nunca había sentido nada parecido. Había oído hablar de ello, pero nunca lo había presenciado.

—¿A qué te refieres? —le espeto.

Se inclina sobre la mesa, muy seria.

—¡Ava, la tensión sexual entre ese hombre y tú era tan fuerte que hasta yo me he puesto cachonda! —ríe—. Te desea con ganas. No podría haberlo dejado más claro ni aunque te hubiera abierto de piernas sobre la mesa de billar. —Señala con el dedo, y voy yo y miro.

—Eso son imaginaciones tuyas —resoplo. Sé que no se inventa nada, pero ¿qué puedo decirle?

—He visto el mensaje de texto y ahora al hombre en carne y hueso. Está muy bueno... para ser mayor. —Se encoge de hombros.

—No me interesa.

—¡Ja! No te lo crees ni tú.

Le lanzo una mirada furibunda a mi mejor amiga.

—Me lo creeré.

—Ya me dirás qué tal te va. —Me la devuelve, más bien entusiasmada.

Vuelvo a la oficina y me paso el resto del día sin hacer absolutamente nada. Jugueteo con el boli, voy al baño quince veces y finjo es-

cuchar a Tom hablar sin cesar del Orgullo Gay y todo lo demás. Mi teléfono suena cuatro veces —y las cuatro resulta ser Jesse Ward— y rechazo todas y cada una de las llamadas. Me asombra la persistencia de ese hombre, y la confianza que tiene en sí mismo.

¿Cuánto gritaría?

¡Estoy perpleja!

Soy feliz, estoy disfrutando de mi libertad y no tengo intención de modificar mis planes de seguir soltera y sin compromiso. No voy a liar-me con un extraño, por muy guapo que sea. Y lo cierto es que está para chuparse los dedos. Además, es demasiado mayor para mí y, todavía más importante, está claro que ya está pillado, lo que hace aún más evidente el hecho de que es todo un donjuán. No es la clase de hombre por la que me conviene sentir atracción, caramba, y menos después de Matt y sus infidelidades. Necesito un hombre que sea fiel, protector y que cuide de mí. Y a ser posible que tenga mi edad. ¿Cuántos años tendrá?

El teléfono me informa de que tengo un mensaje de texto y doy un salto que me saca de mis cavilaciones. Sé de quién es antes de verlo.

No es agradable que te rechacen. ¿Por qué no me coges el teléfono? Bs, J

Me río sola, lo que llama la atención de Victoria, que está rebuscando en el archivador que hay cerca de mi mesa. Sus cejas perfectamente depiladas se arquean. No creo que ese tío esté acostumbrado al rechazo.

—Es Kate —digo a modo de explicación, y ella vuelve a rebuscar en el archivador.

Debería ser obvio por qué no le cojo el dichoso teléfono. No quiero hablar con él. Me pone de los nervios, me provoca demasiadas reacciones y, para ser sincera, no confío en mi cuerpo cuando lo tengo cerca. Parece que responde a su presencia sin que ni mi cerebro ni yo le digamos nada, y eso puede ser muy peligroso.

Mi móvil vuelve a sonar y rechazo la llamada rápidamente. ¡Dame un minuto para que responda! ¿Acaso voy a responder? No voy a libramme nunca de él. Necesito mostrarme implacable.

Si tiene que hablar de las especificaciones, debería llamar a Patrick, no a mí.

Toma. Sin firma y, desde luego, sin beso. No se lo he deletreado, pero debería captar el mensaje. Dejo el móvil en la mesa, decidida a hacer algo productivo, pero vuelve a sonar. Lo levanto de inmediato y, con la mano libre, cojo el café.

Mis especificaciones son hacerte gritar. No creo que Patrick pueda ayudarme con eso. Me muero de ganas. ¿Crees que tendré que amorzarte? Bs, J

Me atraganto y escupo el café sobre la mesa. ¡Será descarado! ¿Hasta dónde llega la desfachatez y la desvergüenza de un hombre? ¿Me ha tomado por una chica fácil o algo así?

Pongo el móvil en silencio y lo aprieto asqueada contra la mesa. No tengo intención de contestarle. Si lo hago, lo estaré animando. Existe una línea muy fina entre la confianza en uno mismo y la arrogancia, y Jesse Ward la supera con creces. Siento lástima por la pobre morritos carnosos. ¿Sabe que su hombre se dedica a perseguir a mujeres jóvenes?

La pantalla del móvil se ilumina de nuevo. Lo cojo y lo apago antes de que nadie se dé cuenta. Abro un cajón, lo meto dentro y cierro de golpe. Captará el mensaje.

Intento sacar adelante algo de trabajo, pero estoy demasiado distraída. En mis correos electrónicos aparecen palabras extrañas —que no tienen cabida en la correspondencia profesional— mientras tecleo en el ordenador, ausente. Suena el teléfono de la oficina.

Levanto la vista y veo que Sally no está en su mesa, así que lo cojo yo.

—Buenas tardes. Rococo Union.

—¡No cuelgues! —dice a toda velocidad.

Me yergo en la silla. Incluso su tono de urgencia me pone la piel de gallina. No va a ceder. Está muy curtido.

—Ava, lo siento. Lo siento mucho.

—¿De verdad? —No puedo ocultar la sorpresa de mi voz. Jesse Ward no parece la clase de hombre que se disculpa porque sí.

—Sí, de verdad. Te he hecho sentir incómoda. Me he pasado de la raya. —Parece sincero—. Te he molestado. Por favor, acepta mis disculpas.

Yo no diría que su atrevimiento y sus comentarios me hayan molestado. Me han dejado a cuadros, más bien. Supongo que hay quien incluso admiraría la confianza en sí mismo que tiene.

—De acuerdo —digo vacilante—. ¿Así que ya no quiere hacerme gritar ni amordazarme?

—Pareces decepcionada, Ava.

—Para nada —le suelto.

Hay un breve silencio antes de que él vuelva a hablar.

—¿Podemos empezar de cero? Nos centraremos en lo profesional, por supuesto.

Ah, no. Quizá lo sienta de verdad, pero eso no elimina el efecto que tiene sobre mí. Y tampoco se me quita de la cabeza que todo podría ser un plan para camelarme y así poder perseguirme a gusto.

—Señor Ward, de verdad que no soy la persona adecuada para este trabajo. —Me doy la vuelta en la silla para ver si Patrick está en su despacho. Así es—. Señor Ward, ¿le paso con Patrick? —Rezo mentalmente para que pille la indirecta.

—Llámame Jesse. Me haces sentir mayor cuando me llamas «señor Ward» —gruñe. Cierro el pico cuando mis labios se abren y casi se me escapa la pregunta. Todavía siento curiosidad, pero no voy a volver a preguntárselo—. Ava, si te hace sentir mejor, puedes tratar con John. ¿Cuál es el siguiente paso?

¿Sí? ¿Me haría sentir mejor? Todo lo que Ward tiene de atrevido, lo tiene el grandullón de intimidatorio. No estoy segura de que me sintiese más cómoda con su oferta de tratar con John en vez de con él, pero el hecho de que esté dispuesto a hacerlo me dice que de verdad quiere que yo me encargue del diseño. Me imagino que es un cumplido. La Mansión quedaría genial en mi portafolio.

—Necesito medir las habitaciones y hacer algunos bocetos. —Escupo las palabras impulsivamente.

—Perfecto. —Parece aliviado—. Haré que John te acompañe por las habitaciones. Puede aguantarte la cinta métrica. ¿Qué tal mañana?

¿Mañana? Sí que está impaciente. Resulta que no puedo. Tengo varias citas a lo largo del día.

Y el miércoles tampoco puede ser.

—No puedo ni mañana ni el miércoles. Lo siento.

—Vaya —dice en voz baja—. ¿Trabajas por las noches?

¿Trabajo por las noches? Bueno, no me gusta en especial, pero muchos de mis clientes están en sus despachos de nueve a cinco y no pueden quedar en horas de oficina. Prefiero trabajar hasta última hora los fines de semana. Nunca dejo que me convenzan para visitas en fin de semana.

—Podría ir mañana por la tarde —digo pasando la página de mi agenda para ver lo que tengo al día siguiente. Mi última cita es a las cinco, con la señora Kent—. ¿A eso de las siete? —pregunto mientras anoto su nombre a lápiz.

—Perfecto. Me gustaría decir que me hace mucha ilusión, pero no puede ser porque no te veré. —No lo veo, pero sé que, seguramente, está sonriendo. Su tono de voz lo delata. No puede evitarlo—. Avisaré a John de que llegarás a las siete.

—Alrededor de las siete —añado. No sé cuánto tardaré en salir de la ciudad a esa hora.

—Alrededor de las siete —confirma—. Gracias, Ava.

—De nada, señor Ward. Adiós. —Cuelgo y empiezo a darme golpecitos con la uña en uno de los dientes de arriba.

—¿Ava? —Patrick me llama desde su despacho.

—¿Sí? —Giro la silla para verlo.

—La Mansión. Te quieren a ti, flor. —Se encoge de hombros y vuelve a la pantalla de su ordenador.

No, Ward me quiere a mí.